

II Foro de Estudiantes de Filosofía



**PO R LAS SENDAS
DEL CONOCIMIENTO**
El diálogo como desafío de los saberes

UNAD
Universidad Nacional
Abierta y a Distancia

LA NECESIDAD DE LA CONCIENCIA

- Andrés Alape Ávila
- Universidad Nacional de Colombia
- kyrio@ymail.com
- Filosofía UN
- “La necesidad de la conciencia”
- Pensando subjetividades contemporáneas (en este caso influencias filosóficas en algunas subjetividades de nuestro tiempo).

- Resumen: *La Necesidad de la Conciencia* constituye un ensayo que da luces sobre por lo menos una tradición filosófico-religiosa que justifica la crueldad hacia los demás animales y por supuesto, otra teoría también filosófica que refuta la misma.

Para este fin, se plantea a René Descartes como filósofo que defiende la esclavitud tal vez inconscientemente, de los seres no humanos ya que les considera carentes de conciencia. Así mismo, para contrariar esta teoría, aparece Arthur Schopenhauer, quien asegura que los animales no humanos poseen voluntad, y por tanto son dignos de consideraciones éticas dignas. Este último autor será relevante para la posterior construcción de lo que se constituye como el movimiento de Liberación Animal, el cual se encargará de demostrar, en lo contemporáneo, la inminente necesidad de conciencia con la criatura; esto es, derechos para los animales.

La justificación de la crueldad

Para algunos de nosotros no es desconocido que a lo largo de la historia, y actualmente aun, los animales son objeto de maltrato y tortura por parte del hombre, y este hecho parece ser poco importante para la mayoría de las personas, pues de no ser así, seguramente habríamos terminado ya hace mucho con espectáculos como las corridas de toros o prácticas como la vivisección (por mencionar sólo algunos de estos comportamientos hacia el animal); y es entonces cuando nos preguntamos ¿qué es lo que justifica este tipo de comportamiento nuestro hacia los animales? ¿Qué razones tenemos para hacerles eso? Preguntas como estas han ocupado el pensamiento de algunos filósofos, de los cuales seguramente unos lo han justificado directa o indirectamente como Descartes,

como veremos más adelante; y a otros la pregunta les ha suscitado el deseo de defender los derechos de los animales, o por lo menos, a que nos les causemos sufrimiento. En este segundo caso estaría, por citar sólo uno, Schopenhauer.

En este texto quiero exponer por lo menos un modo de justificación de nuestra barbarie hacia los animales, y mostrar cómo esas razones se invalidan luego por otras justificaciones a favor de las criaturas no humanas. En el primer caso de argumentación estaría Descartes, con su afirmación de que sólo el hombre tiene alma, o conciencia si se le quiere decir, y por lo tanto sólo él conoce, piensa, siente y sufre, y los animales no. Y en el segundo caso Schopenhauer, quien nos mostrará que los animales no sólo tienen conciencia también, y por lo tanto obviamente sienten y sufren como nosotros, sino que además conocen, motivo más que suficiente para que sean reconocidos como merecedores de derechos.

La cuestión de la conciencia

Por lo general cuando nos referimos a la conciencia hablamos de ella, quizá sin darnos cuenta, de varios modos. Cotidianamente cuando le decimos a alguien que sea consciente de algo, nos referimos a que se de cuenta de eso, o que lo conozca, y que reflexione o piense sobre eso, es así cuando usamos expresiones como “mira que vi en televisión que en Japón ya inventaron los primeros androides” refiriéndonos a que la otra persona *conozca* ese asunto si lo ignora y piense en ello o se lo represente en su mente (usamos también palabras como “imagínate” o “fíjate que” tal cosa); o también cuando alguien nos dice “¿te das cuenta de lo que estás diciendo?” en que el otro nos está invitando a vernos a nosotros mismos, ya sean nuestros actos o pensamientos. En el primer sentido podemos entender la conciencia como el hecho de darnos cuenta o percatarnos de algo del mundo externo, esto es, los objetos del mundo, en este caso la conciencia aparece como sujeto, y como toda conciencia es conciencia de algo, pues podemos decir, a todo sujeto le corresponden objetos, y en este caso la conciencia misma es la capacidad de conocer, en este caso objetos del mundo externo. En el segundo sentido, cuando el objeto de la conciencia es el yo mismo o algo interno nuestro, como por ejemplo un recuerdo o una idea, hablamos de autoconciencia, esto es, conciencia de sí mismo, lo que por supuesto nos recuerda la inscripción délfica de “Conócete a ti mismo” y la consiguiente filosofía socrática en la que es fundamental. Es necesario decir que sólo en estos dos sentidos tomaremos aquí la conciencia para no complicarnos. A continuación veremos cómo estas reflexiones, ya en la filosofía moderna, son elaboradas por Descartes en las meditaciones metafísicas y en el Discurso del método, veamos.

Descartes: La única conciencia es la humana, sólo el hombre piensa

Recordemos que la necesidad de hallar un conocimiento certero e indudable es fundamental en el pensamiento de Descartes. En esto se ocupa en el Discurso del método y la primera de las meditaciones en las Meditaciones metafísicas. Y en esta búsqueda la duda tiene un papel fundamental, pues sólo tomaremos como cierto lo que no admita ninguna, es por ello que someteremos a duda inclusive lo que es más obvio para nosotros, como los son nuestras percepciones. Es necesario dudar de ellas porque en ocasiones nuestros sentidos nos han engañado, y como las percepciones de nuestros sentidos son una fuente de conocimiento, Descartes hará un análisis de los conocimientos que ha adquirido a partir de ellos, pues no evaluará creencia por creencia ya que esto es, digamos, absurdo, sino que buscará un principio del cual proceden la mayor parte de estas. Así Descartes examinará el caso del conocimiento sensible que en efecto le pueda dar certeza de que conocemos el mundo exterior. Se tomará entonces como objeto de experimentación a sí mismo, de modo que si puede comprobar que él en efecto sabe que está frente al fuego con un papel en la mano, pues no tendrá motivo para desconfiar de los conocimientos adquiridos por sus sentidos.

Pero notemos que para que podamos conocer algo tenemos que estar en vigilia, ya que el conocimiento es del mundo externo, no de nuestros propios sueños, así que la primera tarea del filósofo será demostrar que está despierto, para de esa forma hablar de conocimiento. Pero ¿qué es lo que nos da la certeza de que estamos en vigilia y no durmiendo? Por ejemplo, todos seguramente hemos notado que cuando nos sucede algo sorprendente o maravilloso, recurrimos a pellizcarnos a ver si es un sueño, pero el problema surge justamente cuando nos damos cuenta de que en un sueño también nos duele el pellizco.

El argumento que nos dará Descartes es justamente algo así, que *las sensaciones no son una forma de probar que estamos despiertos, ya que en sueños también las tenemos*, es decir según parece deducirse, que los sentidos no nos sirven para comprobar la existencia del mundo exterior, ya que también tenemos sensaciones en sueños, y esto significaría que podemos tomar cualquier sensación en sueños como algo real sin pertenecer esta más que a nuestra fantasía. De este modo, como no podemos de ninguna forma distinguir el sueño de la vigilia, pues no hay manera de saber que nuestros conocimientos son del mundo exterior, es más, podríamos decir creo, que *no hay forma de comprobar según esto la existencia del mundo exterior*, ya que en ningún momento estamos exentos de estar soñando, de vivir en un mundo que existe sólo en nuestro pensamiento (y quizá por eso sea que, como dice Heráclito, no podemos distinguir

el sueño de la vigilia, es más, tanto el sueño como la vigilia parecen confundirse mutuamente en nuestra vida, pues en nuestros sueños creemos que estamos en la “realidad”, y en nuestra vida diaria creemos a veces que estamos soñando, como cuando nos pellizcamos). Si existe un mundo externo no podemos entonces, comprobarlo.

Así que, Descartes, pienso yo, tal vez nos muestra que *muchos de nuestros conocimientos que consideramos del mundo pueden ser simples sueños nuestros*. Pero habrá advertido ya el atento lector que esto parece no relacionarse con el tema en cuestión de este texto, y diré entonces que aquí es donde entra el tema de la conciencia propiamente, y que por ello era necesario dar esa pequeña vuelta.

Como vimos, para Descartes es posible dudar inclusive de la existencia del mundo externo (y de las cosas obviamente), y nos muestra también que podemos dudar de los razonamientos matemáticos, pues puede que un “Genio maligno” nos esté engañando. Es aquí donde Descartes llegará a la conclusión de que lo único absolutamente indudable, la certeza que había buscado y que ni siquiera un escéptico puede dudar, es que *pensamos*, aunque estemos siendo engañados, y si pensamos es porque existimos, esto es más propiamente, *pienso, luego existo*. Más claramente, que nuestra conciencia puede dudar de la existencia de todas las cosas, *menos de la existencia de sí misma*, ya que para dudar hay que pensar y para poder pensar pues lo mínimo que necesitamos es existir. De aquí se deriva que en esencia lo que somos es una “cosa pensante” de lo demás podemos dudar con motivos. Descartes hace una suposición de esto:

“Supongo, pues, que todas las cosas que veo son falsas; (...) Me he convencido de que no hay nada en el mundo: ni cielo, ni tierra, ni mentes, ni cuerpos; pero ¿me he convencido también de que yo no soy? Ahora bien, si de algo me he convencido, ciertamente yo era. (Meditaciones metafísicas, Meditación segunda. P. 22).

Vemos entonces cómo la necesidad de encontrar una certeza indudable lleva a Descartes a pensar en que tal certeza se encuentra en la conciencia misma, a la que es imposible poner en duda, y encontramos que ésta es nuestro yo, es el sujeto mismo de conocimiento, o lo que es lo mismo nuestra mente y razón, veamos:

“Nada admito ahora que no sea necesariamente verdadero; así pues, hablando con precisión, soy sólo una cosa pensante, esto es, una mente, o alma, o entendimiento, o razón, palabras cuyo significado ignoraba yo antes. Soy, pues, una cosa verdadera, y verdaderamente existente; pero ¿qué clase de cosa? Dicho está: una cosa pensante. (...) ¿Qué soy, pues? Una cosa que piensa. ¿Qué es esto? Una cosa que duda, que entiende,

que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que imagina también y que siente.” (Meditaciones metafísicas, Meditación segunda, P. 25).

Pero Descartes considera que además de ser alma o ser pensante, el hombre es también cuerpo, es decir es una dualidad psico-física, los seres humanos somos por un lado entonces “*Res cogitans*” y por otro lado “*Res extensa*” o hablando más claramente sustancia pensante y sustancia extensa, o alma y cuerpo respectivamente. Toda la realidad se explicaría entonces desde estos dos principios y un tercero que es Dios o “*Res infinita*” (o sustancia pensante increada).

Y es entonces de este supuesto del que partirá Descartes para plantear que sólo los seres humanos piensan, pues según Él nuestro lenguaje es una prueba de que pensamos, esto es, que el habla es una expresión del pensamiento, y que por lo tanto los animales por no hablar no piensan (creencia increíblemente subsistente por desgracia aun en muchas personas en nuestros días), dice Descartes de esto:

“... Se puede conocer también la diferencia que hay entre los hombres y los animales. Porque es cosa muy notable que no hay hombres tan necios y estúpidos, sin exceptuar si quiera a los insensatos, que no sean capaces de disponer juntas diversas palabras y de formar con ellas un discurso con el que hagan entender sus pensamientos; mientras que, por el contrario, no hay ningún animal, por perfecto y felizmente nacido que pueda ser, que haga nada semejante. (...) Y esto no manifiesta solamente que las bestias tengan menos razón [o alma] que los hombres, sino que no tienen ninguna...” (Discurso del método, Quinta parte, P. 93).

De esto lamentablemente se sigue que Descartes considere a los animales como únicamente sustancia extensa, o solamente materia con movimiento mecánico digamos, es decir simples máquinas, y como sabemos esto significaría que los animales no piensan, no dudan, no conocen, no razonan y no sienten, pues esto sólo lo hace el hombre, y de aquí puede deducirse que el animal es entonces pura materia sin conciencia del que el hombre puede valerse a su antojo porque es simplemente una cosa. Veamos:

“Sabiendo cuántos y cuán distintos *autómatas* o máquinas movientes puede construir la industria humana, sin emplear en ellos más que un número de piezas muy pequeño, en comparación con la gran multitud huesos, músculos, nervios, arterias, venas y demás partes que hay en el cuerpo de cada animal, podrán considerar este cuerpo como una máquina que, habiendo sido hecha por las manos de Dios, está incomparablemente mejor ordenada y es capaz de movimientos más admirables que ninguna de las cosas que pueden ser inventadas por el hombre.” (Discurso del método, Quinta parte, P. 92).

Pero aun tendríamos una suposición más para argumentar el por qué Descartes pensaba esto. Recordemos además aquí que Él como buen católico (inclusive dedica sus Meditaciones metafísicas a los teólogos de la Sorbona) también heredaría consciente o inconscientemente sus creencias antropocéntricas de la Biblia:

“Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra. El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestra mano son entregados. Todo lo que se mueve y vive, os será para mantenimiento: así como las legumbres y plantas verdes, os lo he dado todo.” (Génesis 9, 1-3).

Es posible entonces que esta idea de una pretendida superioridad del hombre sobre todos los animales venga de la arraigada idea del hombre como ser predilecto de dios, y que la barbarie hacia el animal se justifique en el hecho de que “así lo quiso dios”, es entonces donde podemos entender cómo pudo tal vez haber influido esto el pensamiento de Descartes.

Schopenhauer: La unidad de la conciencia eterna

“La compasión hacia los animales está tan estrechamente ligada a la bondad de carácter que se puede afirmar con seguridad que quien es cruel con los animales no puede ser una buena persona”

(Schopenhauer, Los dos problemas fundamentales de la ética, 1965)

La filosofía de Schopenhauer es ante todo una filosofía de la voluntad, para él, cuando nosotros nos hacemos autoconscientes nos encontramos con la actividad continua de *querer*, y esta voluntad aparece intuitivamente ante nuestra conciencia cuando nos vemos a nosotros mismos; inclusive es también independiente de ella. Esta observación de nosotros mismos como voluntad, nos lleva a ver que nuestro cuerpo tiene una serie de impulsos como el hambre o el deseo sexual, que son fuerzas vitales y se manifiestan en los órganos de nuestro cuerpo; por ejemplo en nuestro sistema digestivo se manifiesta nuestro impulso de comer (alimentarse es como engendrarse a sí mismo, es asegurar nuestra propia vida en lo futuro, es como darnos la vida a nosotros mismos), y vale decir que esta voluntad así entendida es voluntad de vivir, deseo de permanecer vivo. Todas las fuerzas que nos mueven cotidianamente a actuar es a lo que llama Schopenhauer voluntad y se manifiestan constantemente en una voluntad de vivir. Pero en nuestra observación de la naturaleza vemos que también los demás animales tienen impulsos, de modo que es claro que ellos también son voluntad de vivir.

Vale decir que Schopenhauer, con la influencia que tiene de Kant, considera la división entre lo fenoménico, y lo que es la cosa en sí. Para Schopenhauer la verdadera realidad, o la esencia de todas las cosas es la voluntad; ella es una sola aunque se manifieste en una pluralidad de individuos. Pero el hecho de cada individuo sea voluntad de vivir y tenga el ciego afán de satisfacer sus deseos, le hace percibirse a cada uno como lo único que existe y lo único real, originándose así el egoísmo y la consiguiente lucha por la existencia, el sálvese quien pueda, o la lucha por la supervivencia que caracteriza la vida. En esta lucha los otros aparecen ante nosotros como simples medios para satisfacer nuestros deseos, sea que haya que destruirlos o negar su voluntad para satisfacer la nuestra.

Y de este egoísmo se sigue el mal, característico de la vida, un mal que lleva necesariamente al sufrimiento. Es allí donde comprendemos por qué ciertas frases de Schopenhauer rezan cuestiones como “El mundo es el imperio del mal” o “Para millones y millones de seres humanos el verdadero infierno es la tierra” o (una que ha llamado mucho la atención entre los defensores de los derechos de los animales y muy evidente en todos los tiempos) “El ser humano ha hecho de la tierra un infierno para los animales”. Vale decir que esta voluntad ciega que nos caracteriza está perpetuamente insatisfecha, pues tan pronto consigue satisfacer un deseo enseguida tiene otro, con lo que nunca estamos realmente satisfechos. Pero este egoísmo es resultado de un error nuestro, que en el ciego afán de satisfacción de nuestros deseos cometemos por no comprender que todos somos en el fondo iguales, manifestaciones de una misma realidad indivisa. La ética pues que se sigue de esta filosofía es aquella en que reconozco al otro, en la que lo veo como un igual, sea éste hombre o animal, y para ello es necesario entonces la renuncia a nuestro egoísmo.

Como dijimos al inicio de este texto dentro de las consideraciones de Schopenhauer está la idea de un trato digno al animal, y esto se sigue como seguramente podemos deducir de lo ya dicho, de que el reconocimiento de las otras conciencias hace ver el deseo de vivir que las mismas tienen, como nos lo hace saber la nuestra propia, dice Schopenhauer de esto “Puesto que el individuo es la voluntad de vivir misma en su objetivación particular, todo su ser se resiste a la muerte.” (El mundo como voluntad y representación, Libro IV § 54). Este hecho de que cada conciencia o individuo en particular sea un ser que quiere seguir viviendo bastaría no sólo para mostrar que los animales son seres conscientes, sino que por el mismo hecho de que esto sea así, de que sientan y sufran es motivo más que suficiente para que sean merecedores de consideración. Pero como también dijimos al inicio Schopenhauer nos demuestra que los animales conocen, veamos con sus palabras cómo lo hace:

“Todos los animales, hasta los más imperfectos, tienen entendimiento: pues todos ellos conocen objetos y ese conocimiento determina sus movimientos como motivo. -El entendimiento es el mismo en todos los animales y hombres, tiene siempre la misma forma simple: conocimiento de la causalidad, tránsito del efecto a la causa y de la causa al efecto, y nada más (...) La gran sagacidad de los animales más perfectos nos produce asombro: es el caso de los perros, los elefantes, los monos, o del zorro, cuya astucia ha descrito Buffon tan magistralmente. En esos animales más listos podemos apreciar con bastante exactitud cuánto es capaz de hacer el entendimiento sin ayuda de la razón, es decir, del conocimiento abstracto en conceptos: en nosotros mismos no podemos saberlo así, ya que entendimiento y razón se apoyan mutuamente. Por eso con frecuencia encontramos que las manifestaciones de entendimiento de los animales están por encima o por debajo de nuestras expectativas. Por un lado, nos sorprende la sagacidad de aquel elefante que, tras haber cruzado muchos puentes viajando por Europa, en una ocasión se negó a entrar en uno por el que veía pasar la restante comitiva de hombres y caballos, porque le parecía demasiado frágil para su peso”. (El mundo como voluntad y representación, Libro I §6).

Como vemos, pensar que los animales no conocen parece a la luz de este razonamiento no ser válido. Y aunque Schopenhauer es un gran defensor de los derechos de los animales su principio ético se extiende a toda la vida misma. Reconocer pues que el otro siente y sufre como yo, es el primer paso para la liberación del egoísmo, pues el que así lo hace ha comprendido consciente o inconscientemente que *el otro soy yo y yo soy el otro*. Un buen ejemplo de esto nos lo muestra con su propia experiencia Edgar Kupfer, quien estuvo prisionero en un campo de concentración nazi y relata así su experiencia:

“Rehúso comer los animales porque no puedo nutrirme con el sufrimiento y la muerte de otras criaturas. Lo rehúso porque yo he sufrido tanto que puedo sentir el dolor de los demás cuando recuerdo el mío (...) ¿No sería injusto hacer tal cosa con el único otro propósito del placer físico a costa del sufrimiento y de la muerte de otros? (...) Yo creo que los hombres continuarán matándose y torturándose los unos a los otros mientras maten y torturen a los animales. También habrá guerras porque hay que entrenar y perfeccionar la matanza en objetos más pequeños, moralmente y técnicamente. (...) Pienso que mi deber es agitar mi propia consciencia en asuntos pequeños, tratar de comprender mejor a los otros, de mejorarme y llegar a ser menos egoísta.” (Del texto “Los animales, mis hermanos”).

La necesidad de despertar

“Para los que están despiertos, hay un sólo y mismo mundo. Mientras que los que duermen cada uno se reduce a un mundo particular.”

Heráclito, Fragmento 89

Para finalizar mostraré lo que a mi forma de ver son algunas consecuencias de la filosofía Schopenhauerina. La filosofía de Schopenhauer pretende digamos “despertarnos” del sueño en que estamos sumidos en nuestra vida. Y notemos

que de ese sueño nuestro nace el egoísmo; causante como hemos dicho de las barbaries contra el animal y contra nosotros como humanos. Lo que Schopenhauer busca es justamente eso, es tal vez darnos a entender que es falsa aquella idea según la cual el otro es un no-yo, la creencia en que yo no soy el otro ni el otro soy yo, es lo que él justamente quiere dejar a un lado, porque es lo que origina el egoísmo, por eso es que se habla de la unidad de la conciencia, en el fondo todos somos el mismo ser, todos los hombres somos el mismo hombre (como dice Borges en un cuento suyo). Y al final lo que quiere demostrar Schopenhauer es que esa separación de todos es solamente una fantasía, todos participamos de una conciencia universal, (de una voluntad de vivir) eterna y absoluta y por lo tanto la suerte del otro es la mía misma, su dolor es mi dolor, su felicidad es la mía. Tal vez para comprender esto haya que vivirlo y no es muy difícil, cualquier persona cuando siente Amor por otro ser puede comprenderlo.

REFERENCIAS

Descartes René. (1983). *Discurso del método*. Argentina: Orbis S. A.

Descartes René. (1987). *Meditaciones metafísicas*. Madrid: Gredos.

Kupfer Edgar. *Los animales mis hermanos*.
<http://www.ivu.org/spanish/trans/arrs-letter.html>

Schopenhauer Arthur. (2003). *El mundo como voluntad y representación*. Madrid: Trotta.

Schopenhauer Arthur. (1965). *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Argentina: Aguilar.